

# Globalización, pertinencia e identidad \*

Miguel Rojas Mix

Miguel Rojas Mix es Doctor  
Honoris Causa de la Universidad  
Nacional de Córdoba

ESTUDIOS · Nº 14  
Primavera 2003  
Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

El milenio se inicia con un vertiginoso proceso de globalización, marcado por una concepción dominante: el neoliberalismo o la economía de mercado. Una ideología que, aunque se declara gran defensora de la libertad, nos ha conducido a lo que llamamos el pensamiento único. Geopolíticamente nos encontramos con un mundo en busca de un nuevo equilibrio. La lógica Este-Oeste, que era bipolar, ha desaparecido para dar lugar a una lógica unipolar, basada sobre una superioridad militar sin precedentes y de serio corte maniqueo, como lo demostró el reciente conflicto de Irak, y cuyas consecuencias estamos todavía muy lejos de poder medir.

En el marco de esta intervención creo conveniente precisar algunos términos que a menudo se confunden; y en primer lugar el concepto de globalización. Tras él suele verse una ideología neoliberal de dominio del mercado mundial, una lógica capitalista que tiende a arrinconar la política, desconfía de la democracia y pretende organizar todos los campos de acuerdo con el modelo económico.

La globalización es distinta de la mundialización. Globalización alude al carácter multidisciplinario de los cambios y mundialización se ciñe a la estricta geografía. Reconoce que el mundo se ha hecho uno, pero en él conviven siglos diferentes. La globalización es un proceso. Eso la diferencia de "globalismo", término que aspira a que los valores de la sociedad de consumo occidental sean compartidos por 6 mil millones de habitantes y sean pertinentes para todos ellos. Hay quien señala que "globalismo" es una ideología de la dictadura del mercado mundial, en cambio "globalización" es una palabra inventada para designar el proceso de superación de los

---

\* Conferencia de los cursos de verano del CEXECI "Educación superior: globalización y nuevas tecnologías", 14-julio-2003.

marcos nacionales que afectan a fenómenos políticos, sociales, culturales y económicos.

La globalización determina también una homologación cultural del mundo, en relación con los modos de vida y las formas del pensamiento (el pensamiento único). Contra esta homologación se encuentran los fenómenos de resistencia territorial de la identidad. El problema de la identidad se convierte frente a la globalización en un problema central.

Hay el peligro de que una cultura global elimine la diversidad y la disidencia. Sobre todo a través de la imposición de criterios de valor, que minimicen los fenómenos que no encajan en la cultura dominante. El tema del valor y la valorización es capital para defender la identidad dentro de un proceso de globalización.

Una reflexión sobre la identidad parece necesaria cuando enfrentamos el proceso de globalización. Sólo la identidad permite definir los criterios de pertinencia que convienen a nuestra cultura, definir la relevancia de los problemas que, a menudo, se presentan como planetarios, pero que sólo representan los intereses de potencias o grupos hegemónicos.

Pensar en términos de nuestra identidad permite comprender la relevancia específica de cuestiones que son planetarias, pero en las cuales las interpretaciones de una óptica del puro contexto dominante nos lleva a ir contra nuestros propios intereses. Así, si analizamos determinados problemas dentro de los criterios tan de moda del "desarrollo sostenible", en el marco de los intereses de América Latina, podemos ver cómo los contenciosos sobre la droga, o la defensa de la biodiversidad, de los tesoros ecológicos, o de la Amazonía, por ejemplo, la cuestión de la validez del modelo económico, o de las culturas indígenas o nacionales, adquiere el sentido de su "rentabilidad" dentro del marco u "horizonte" en que se piensan.

Según el DRAE, relevancia alude a lo que es importante o significativo, y pertinente lo correspondiente a algo, o que viene a propósito. En este sentido utilizamos los términos. La relevancia de la información puede ser técnico-científica o socio-cultural. La pertinencia y la relevancia tienen igualmente que ver con el contexto cultural. En este sentido se asocia al valor que la información tiene para ese contexto social, es el medio social el que debe determinar la pertinencia. Incluso es indispensable tener investigación propia para determinar la pertinencia de la tecnología globalizada; es decir para saber qué nos conviene comprar. Ésta es la piedra de toque del diálogo cultural. El colonialismo mental comienza precisamente cuando la globalización o el mercado deciden desde el exterior lo que es relevante en la tecnología, la historia, la cultura o el pensamiento del otro. Cuando nos comprendemos desde una "exterioridad interpretativa". Por eso, que es indispensable democratizar las nuevas tecnologías. Tanto en el sentido del acceso a ellas, como en el del control del mensaje. Frente a la pantalla se dice que todos somos iguales, sólo que como diría Orwell, "hay unos más iguales que otros". Desde luego, son más iguales los que selecciona la información, la jerarquizan y construyen y administran los dominios simbólicos de las masas.

La gran cuestión es saber si esta globalidad será menos imperial culturalmente, menos colonizadora que las que parcialmente hasta ahora ha conocido la historia.

Depende de la forma en que los pueblos sean capaces de defender su cultura, su identidad, y de la capacidad que conserven para fijar sus pertinencias y definir sus relevancias.

La educación, y precisamente la educación superior, desempeña en esto un papel fundamental.

Por otra parte, es suicida no reconocer la necesidad de integrarse a la modernidad planetaria. La defensa de la identidad no nos puede llevar a rechazar la globalización en nombre de ucronías o de utopías negativas. Por lo demás es imposible rechazarla, sería caer en el oscurantismo, porque la globalización es, ante todo, la globalización del hecho comunicativo. Y hemos visto recientemente con la gran convocatoria de las manifestaciones pacifistas que circuló por la red que eso puede jugar en otro sentido.

Es indispensable rechazar el "pensamiento único", que pone el rendimiento económico por encima de cualquier ideología y que tiene al mercado como referente fundamental y a la eficiencia como piedra angular del desarrollo, anteponiéndola a los valores de solidaridad y justicia. Es fundamental desarrollar criterios de pertinencia, porque están en juego la supervivencia de nuestros valores, y la construcción misma de Iberoamérica o Latino América como proyecto común.

Pertinencia no es un concepto estático, es dinámico. La pertinencia como criterio de selección de la modernidad vinculado a la identidad trabaja a favor del cambio histórico, lo acelera. Los latino o iberoamericanos debemos en este contexto desarrollar nuestros esfuerzos y capacidades para crear nuevas pautas culturales, nuevos modos de ver y hacer las cosas. Podemos descubrir factores culturales de pertinencia en todos los campos. En forma perfectamente seria digo, a guisa de ejemplo, que si el Pato Donald es la globalización, Mafalda es nuestra pertinencia.

Son los criterios de pertinencia los que nos permitirán transitar de la sociedad de la información a la sociedad del conocimiento.

Es un hecho que la educación se verá afectada por lo que llaman la *sociedad del aprendizaje*. Entre otras cosas porque la globalización de los medios tiende a derribar las fronteras geográficas del saber.

En este proceso intervendrán decisivamente las tecnologías de punta y los medios audiovisuales, transmitiendo todo tipo de información, transformando nuestros paradigmas del conocimiento. Será la sociedad del aprendizaje, pero más la del *homo videns* que la del *homo alphabeticus*.

Por otra parte, la cultura de la imagen del *homo videns* plantea el problema del valor. En la información mundializada hay una gigantesca diferencia de pesos y medidas entre lo que ocurre en el centro y lo que sucede en la periferia. Las noticias televisivas determinan las prioridades que atribuimos a los problemas nacionales, internacionales, y a las personas y a las opiniones de los políticos, etc. La televisión avala una percepción hegemónica del mundo, por lo tanto distorsiona el valor, trivializando nuestras realidades en relación con las del "Norte". Debemos evitar una nueva colonización por la imagen; que esta vez, más que nunca, será la colonización del mercado.

Es preciso recuperar el valor. La educación y la cultura deben formar de manera crítica para recuperar el valor de lo propio, analizando con profundidad dialéctica esa

sesgada percepción del mundo, hecha a escala y en una perspectiva jerárquica, donde la dimensión de los hechos cambia según donde ocurran.

La Universidad debe recuperar su dimensión y su influjo cultural, en particular frente al mercado.

En la Educación Superior no hay un discurso fuerte sobre el futuro. Se habla del futuro como se hablaba en la década de los sesenta, sin tener en cuenta los cambios gigantescos del entorno científico-tecnológico ni de la geopolítica del poder. Todavía vivimos en el presente con diagnósticos que apenas llegan a los años más inmediatos. Padecemos de un desarme teórico: la principal tarea de los intelectuales debe ser la creación de nuevos conceptos y nuevos mapas del conocimiento. Una de las grandes crisis de la Universidad es que ha dimisionado de su función intelectual, frente a la función profesional. Ésta hace que hoy día haya una crisis de teorías. Faltan los elementos teóricos para interpretar la orientación de lo que está ocurriendo. O, lo que es peor, estos elementos teóricos vienen de países poderosos, donde las universidades pueden permitirse, lo que hoy parece un lujo en particular para las universidades del Sur, seguir alimentando el pensamiento teórico. Este es un grave peligro de colonización teórica que la Universidad, entendida como responsable del pensamiento crítico de una nación, no puede permitir, ni menos aún como responsable de mantener la identidad cultural y orientar el país hacia el desarrollo razonable, que no sólo es el sostenible, sino el conveniente a las realidades sociales.

Finalmente, la Universidad no puede olvidar, frente a los criterios de eficiencia que le quiere imponer el mercado, su responsabilidad ética. En grandes líneas ella consiste, además de formar a los jóvenes en el pensamiento crítico, en promover una cultura de paz y un desarrollo inteligente, y en consolidar la democracia.

En síntesis, hay que plantearse la creación de una nueva universidad. Establecer un nuevo contrato académico que tome en cuenta todos estos desafíos del siglo XXI. Ya lo está haciendo la economía. La universidad no puede quedarse a la zaga, en particular teniendo en cuenta la aceleración del tiempo: los años de ahora son siglos del pasado.

En América Latina es además necesario pensar en los vastos sectores de población de identidad cultural indígena. ¿Cómo se van a integrar a la modernidad? Integrar el multiculturalismo en una visión democrática es también una misión capital de la universidad. Para ello debe recuperar su dimensión y su influjo cultural.

En el marco de esta problemática propongo un reflexión para pensar la universidad del siglo XXI en torno a 7 grandes vectores. Vector en filosofía es toda acción proyectiva que tiene cualidad e intensidad variables.

### **1) Lo público y lo privado en la educación superior.**

La sobrevivencia de la Universidad pública y sus valores se ve hoy seriamente amenazada en el marco de la economía de mercado y la sociedad globalizada. Esto se ha manifestado en el año 2001 con acentuada gravedad al declarar la Organización Mundial del Comercio ( OMC), la educación superior como un servicio comercial.

Agréguese a éste el tema del Estado ausente que ha impuesto la ideología neoliberal. En forma creciente las universidades públicas siguen siendo estatales. Estatal y pública no es la misma cosa. Las universidades son estatales porque sus bienes pertenecen al Estado y sus profesores son funcionarios, pero actúan con criterios de rentabilidad propios de la empresa, no aseguran un bien público. La relación universidad/empresa no es para nada desdeñable, pero hay que saber fijar los límites: la universidad como servicio público tiene una misión mucho mayor que la universidad como fábrica de profesionales.

## 2) El compromiso social de la universidad, en particular en sociedades en crisis.

El problema más grave de la educación en América Latina es la desigualdad. El desmantelamiento creciente de la universidad pública a que lleva la globalización es particularmente preocupante en Nuestra América, que conoce los mayores desequilibrios sociales, puesto que no sólo implica renunciar a los principios de equidad y de igualdad de oportunidades sobre los que se fundaron nuestras democracias, sino que, al cerrar el acceso a la educación superior a los sectores menos favorecidos, se pierde una gran parte del capital humano. Factor al que hoy es de consenso reconocer que resulta indispensable para el desarrollo. Lo más importante en materia educativa es lograr justicia social. Se necesita una educación que contribuya eficazmente a la convivencia democrática y que haga del *capital humano* el principal recurso. Factor determinante para la construcción de este contrato educacional es la revolución de las nuevas tecnologías. Una de las formas de exclusión es el no tener acceso a ellas.

## 3) Los currícula del futuro.

Una pregunta que a menudo se escucha es si tenemos una universidad para el siglo XIX o para el siglo XXI. Lo cierto es que se están incorporando a la educación superior las nuevas tecnologías. Pero es menos evidente que la universidad se haya hecho cargo de las grandes mutaciones epistemológicas con que se inicia el siglo. Una de ellas es que estamos pasando de una inteligencia alfabética a una inteligencia visual. Con el desarrollo de la inteligencia visual pasamos a la cultura del ícono. La imagen adquiere más y más peso en la comprensión del mundo y en el aprendizaje. Cada vez es mayor el número de cosas que sabemos no porque las hemos leído sino porque las hemos visto. El problema es que apenas si hemos desarrollado métodos para procesar este conocimiento. No existe ningún aparato crítico de la imagen comparable a la enorme metodología desarrollada desde hace siglos sobre la lengua. De esta suerte la manipulación cotidiana de la imagen se hace sin ningún control. La gran pregunta es cómo la revolución radical que representa la eclosión de la cultura del ícono, con el ordenador incluido, va a afectar al modelo cultural esencialmente verbal, que desde

sus orígenes hebreo-griegos hasta más o menos el presente ha prestado soporte a la civilización occidental.

Esta revolución epistemológica se asocia a otros territorios emergentes del saber y la cultura. El Foro de la Cultura reunido en Bruselas a fines del siglo pasado propuso, por ejemplo, agregar a la cultura nuevos territorios: la cultura cotidiana, la cultura de la paz, la cultura de la naturaleza, la cultura y la ciencia, etc. Situó así la problemática cultural en las puertas del siglo XXI.

Frente a los territorios emergentes, están las obsolescencias. A este respecto La Cumbre de Lisboa (marzo 2000), que reunió a los 15 jefes de Estado de la UE, señaló, junto con los grandes cambios en la economía y en la enseñanza, las grandes obsolescencias. La del trabajo tradicional, con la aparición del teletrabajo. Obsoletos están los conceptos mismos de relación con el estudio, con el conocimiento y deberá revisarse en el futuro. Obsoletas resultan las nociones de lugar de trabajo u horas de trabajo. Lo que se necesita no son horas de presencia, sino la capacidad de crear conocimiento. La imaginación y la creatividad son para la nueva enseñanza los factores más apreciados. El pensamiento crítico no solo debe hacernos ver lo vigente sino también lo que está obsoleto. Percibir lo agotado es capital para prever el futuro. Desde este umbral debe analizarse la problemática universitaria en las puertas del siglo XXI.

El Foro demostró también que hay consenso entre los políticos de que la política de la cultura es hoy tan importante para la paz ciudadana, como la política del desarrollo para la paz de las naciones, y que la lucha contra la exclusión y la pobreza tiene en la cultura su mejor aliado si se quiere establecer el vínculo social entre los incluidos y los excluidos.

#### 4) Los sistemas de evaluación.

Uno de los aspectos más amenazantes para nuestras universidades es el colonialismo académico, que se desarrolla desde las universidades del centro hacia las universidades de la periferia. Jorge Brovetto señaló cómo los sistemas de *grants* producían, por una parte, un *brain-drain* y, por otra parte, una migración metodológica. Pero hay algo más. Estos sistemas pueden ser sibilinos proyectos de espionaje y control de nuestras sociedades. El proyecto Camelot en Chile fue un ejemplo: un proyecto en sociologías que ofrecía importantes *grants* a investigadores chilenos, destinado a estudiar las reacciones políticas de los diversos grupos sociales. Finalmente se descubrió que era un proyecto financiado por la CIA... Es palpable este colonialismo cultural en particular mediante los sistemas de indexación de los currícula académicos y métodos de evaluación de las instituciones de educación superior, cuando los controlan los países hegemónicos. El *Citation Index* (del Institute for Scientific Information de Filadelfia, USA) mide el impacto de los artículos publicados por número de citas. Igual cosa pasa con las revistas científicas (*Journal Impact Factor*). La aceptación generalizada de esta forma de evaluar, ha hecho que los investigadores, para hacer C.V., tiendan

a publicar sus resultados en las revistas de más elevado índice, lo que orienta la investigación de los países en desarrollo según los intereses de los países que manejan los sistemas de evaluación. Los investigadores se encasillan en campos de la máxima rentabilidad curricular: por ejemplo, en biodiversidad o recursos naturales. No tiene en cuenta los criterios de pertinencia regionales, nacionales o locales.

### 5) ¿Qué investigación es “sostenible” en los países en desarrollo?

Es claro que hay una investigación para la cual nuestras universidades no tienen medios, pero es igualmente claro que hay una investigación que necesitamos. Frente a esa disyuntiva tenemos que orientar nuestra reflexión.

### 6) La autonomía universitaria.

Cuando yo era estudiante la autonomía universitaria para mí consistía en que podíamos refugiarnos en la universidad cuando la policía nos estaba apaleando. Sin duda era más; pero la veíamos en general como una forma de defender la universidad de la ingerencia del Estado. Hoy, frente a un Estado cada vez más ausente, el problema no es el Estado sino los poderes fácticos. Debemos pues plantearnos cómo defender la universidad de la ingerencia de éstos, en primer lugar de la del mercado que pretende determinar su orientación académica y fijar sus prioridades.

### 7) Cultura, ética e identidad.

La Conferencia Mundial de la UNESCO sobre políticas culturales, que se celebró en México entre julio y agosto de 1982, declaró: “Cada cultura representa un conjunto de valores únicos e irremplazables, ya que las expresiones y formas de expresión de cada pueblo constituyen su manera más lograda de estar en el mundo”.

Es decir, definió cultura como identidad.

La gran cuestión es en qué medida vamos a preservar esos valores únicos e irremplazables, y cómo vamos a defender esa “manera de estar en el mundo”, que constituye nuestra identidad en un mundo globalizado.

Hemos dicho que hay un fundamental cambio epistemológico. Avanzamos hacia nuevas categorías: en el lenguaje, en la figuración, en la inteligencia simbólica... La nueva cultura del ordenador está produciendo una revolución mucho más radical que la de Gutenberg. Tal vez sea el comienzo de un nuevo mundo... Pondrá fin a un modelo cultural “esencialmente verbal”.

Si hablamos de cultura es porque le atribuimos una función capital en nuestra integración iberoamericana. Ahora bien, la función integradora la cultura la cumple

en la medida que se hace identidad, y como tal genera un tipo de comunicación específica, fundada esencialmente en lo que Américo Castro llamó "La vividura".

La universidad tiene un compromiso con la cultura. Y este compromiso cada vez nos parece más asociado a la ética. Especialmente en los tiempos que corren si consideramos que la paz es una responsabilidad ética de valor universal. Frente a los criterios de eficiencia que le quiere imponer el mercado, la Universidad no puede olvidar su responsabilidad ética. En grandes líneas ella consiste, además de formar a los jóvenes en el pensamiento crítico, en una formación que debe ser una resistencia al conformismo de las ideas preconcebidas, en promover una cultura de paz y un desarrollo inteligente, y en consolidar la democracia. Hoy día la conciencia crítica tiene que ser además visual. No puede ser puramente textual. Éste es uno de los grandes cambios que deben afrontar la cultura y la educación.

La cultura es el fundamento de la identidad de los pueblos. Crea símbolos de reconocimiento propios. Ya hemos señalado la importancia de defender y reforzar nuestra identidad cultural. Ésta es una tarea capital para nuestras universidades. Pero así como no habrá universidad iberoamericana sin identidad regional, no hay universidad en absoluto sin sentido universal. Por eso, ante el auge de una economía de mercado a escala planetaria, tendremos que inventar una educación para una democracia que no se limite a un territorio, una democracia sin fronteras ni espaciales ni temporales. Una democracia que proteja los derechos humanos *urbi et orbi*.

¿Dónde surgen y cómo defender y desarrollar los símbolos de reconocimiento propios?

Un puñado de ellos surge de la literatura, otros de la historia, la mayoría de la cultura. Si los franceses se reconocen en la realidad cartesiana, nosotros nos reconocemos en la fantasía borgeana o en las soledades de Macondo, en el quijotismo de Cervantes, en las cosas de Neruda o en las imágenes históricas emblemáticas. Además nos reconocemos en los emblemas nacionales o continentales, como lo es la Virgen de Guadalupe, o las figuras revolucionarias de Martí, Allende, Zapata o el Ché Guevara. Sin perjuicio de que estos símbolos puedan ser vivamente controvertidos.

Es el conjunto de estas cuestiones culturales, históricas, políticas, emblemáticas, económicas, asociadas a un proyecto, lo que constituye la identidad. La noción de proyecto es fundamental. Es por ello que la búsqueda de la identidad no es una cuestión arqueológica, que se desentraña a pico y azada, que tiene sus raíces en el pasado, sino que sus raíces están en el futuro.

Hacer frente al futuro siempre parece una utopía. Pero la Universidad no puede renunciar a la Utopía, porque su proyecto de futuro no puede ser otro que el de una sociedad mejor, y su compromiso ético en la sociedad democrática no puede prescindir de la ambición de formar un ciudadano más humano.